

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 1988-2564

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.71612>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Angermuller, Johannes (2019): *¿Quién dijo posestructuralismo? La creación de una generación intelectual*. Madrid: Dado Ediciones, pp. 228

Las rúbricas “posestructuralismo” o *French Theory* aluden a un conjunto heterogéneo de autores, opciones teóricas y procedimientos de análisis surgidos en el ámbito de la filosofía y las ciencias humanas francesas entre las décadas de 1960 y 1980, cuyo punto de unión es la crítica al humanismo y de la subjetividad constituyente propia de esta tradición. Ambos rótulos sin embargo carecen de reconocimiento en la propia Francia, donde el público lector no entiende que se agrupe en un mismo movimiento a autores tan dispares como, por ejemplo, Foucault y Derrida. Esas categorías fueron de hecho fabricadas en el mundo universitario norteamericano en el curso de los años ochenta, exportándose más tarde a escala internacional dando la falsa impresión de que el “posestructuralismo” o la *French Theory* componían una suerte de movimiento intelectual o de paradigma conceptual unificado.

El ensayo de Johannes Angermuller, profesor de la Open University (UK) y especialista en análisis del discurso (discípulo de Dominique Maingueneau), con una trayectoria internacional (Alemania, Francia, Gran Bretaña), comienza levantando acta de este *décalage* entre la circunstancia francesa y la estadounidense, pero en vez de limitarse a recusar las categorías en cuestión, toma estas como punto de partida para elaborar una excelente monografía de sociología intelectual, mostrando que las distintas recepciones del mismo *corpus* de autores y obras operan creando aquello mismo que designan y que la clave para entender la disparidad de ese objeto en Francia y en Estados Unidos está en los contextos institucionales de recepción y no en las ideas contenidas en los textos. Por eso se referirá a la controversia sobre el estructuralismo aludiendo, no a una corriente o a una concepción, sino a una “generación intelectual”.

En el primer capítulo se delimita el problema y se presenta el enfoque escogido. Siendo objeto de una literatura secundaria de proporciones gigantescas, esa generación de las décadas de 1960 y 70 apenas ha sido estudiada desde la perspectiva de la sociología intelectual, explorando su contexto sociohistórico de recepción. La excepción la constituyen algunos trabajos que aplican la teoría de Bourdieu sobre los campos de producción simbólica (en particular los de Karady y Kauppi, aunque también Fabiani y Pinto se aproximaron al asunto). Este marco conceptual será la referencia del libro, pues pa-

rece especialmente apropiado para estudiar, más allá de la dicotomía entre lecturas internalistas y externalistas, un universo intelectual como el francés, caracterizado por su encuadre nacional y su concentración en París, por la importancia de la pertenencia a redes y grupos de creadores y por la existencia de un tupido mercado de bienes simbólicos.

El segundo capítulo comienza ponderando el éxito del rótulo “postestructuralismo”, proyectándose desde la esfera académica estadounidense hacia el Reino Unido, Alemania e Italia, y llegando incluso, en una suerte de efecto de bucle, al propio ámbito cultural francés. Este siempre ha sido ajeno a la categoría en cuestión. En su “fase científica”, la controversia sobre el estructuralismo tuvo su momento fuerte entre 1966 y mayo-junio de 1968. Lo que unía a los protagonistas de esta polémica era menos un inexistente programa teórico compartido que un doble enemigo común: el humanismo, tal como podía encarnarlo la filosofía de Sartre, y la filosofía institucionalizada. Los autores asociados a la discusión hacían valer un pensamiento híbrido, proyectado en la investigación científico-social, frente al culto de los textos propio de la filosofía universitaria. En el fondo, viene a sugerir Angermuller, lo que da cuenta de la eficacia simbólica de la etiqueta “estructuralismo” es menos su trasfondo teórico que su contexto institucional de producción. Aunque, por contraste con las “familias” del *establishment* universitario, los pensadores de la generación estructuralista se presentaban como “solitarios”, lo cierto es que en muchos casos formaron escuelas aglutinadas en torno a grandes maestros (como Lacan o Althusser), aunque en otros mantuvieron una relativa falta de discípulos (como Lèvi-Strauss y Foucault).

Se explica el auge de las ciencias humanas en Francia a partir de la década de 1960, por la fuerte inversión del gobierno francés en educación superior, creando nuevas universidades, nuevas carreras e instituciones. Las disciplinas más perjudicadas fueron las humanidades canónicas (filosofía, lenguas clásicas, estudios literarios), en detrimento de disciplinas modernas como la lingüística, la etnología o la sociología. Esto favoreció también el florecimiento de corrientes transdisciplinares como el psicoanálisis y el marxismo. Las disciplinas canónicas estaban vinculadas al mundo de las facultades universitarias y a la formación del profesorado de los

liceos. Sus figuras más representativas acumulaban todos los indicios del poder temporal, pues controlaban el reclutamiento de los pares y la reproducción del cuerpo profesoral. En cambio los titulados en ciencias humanas carecían de esa proyección en la docencia. Como resultado de este proceso, se tensaron las relaciones entre la filosofía y las ciencias humanas. Muchos de los nuevos creadores en ciencias humanas habían tenido inicialmente una formación como filósofos y luego se habían distanciado de su disciplina de gestación. Aún así, en la generación del estructuralismo se pueden distinguir dos tipos de trayectoria: la propia de los que se distanciaron de la función docente y del culto de los textos (Bourdieu, Foucault, Lèvi-Strauss) y la de los que surgieron asociados a una vocación profesoral (Althusser y Derrida).

Por otro lado, entre los protagonistas de la “revolución estructural” se distinguen dos clases de intelectuales según sus nexos con la institución. Por una parte estaban los que ingresaron a través de la máxima excelencia académica, pasando por la *École Normale Supérieure* (ENS) -por ejemplo Foucault- y por otra los desprovistos de títulos universitarios reconocidos (por ejemplo Barthes). La intensa expansión de la educación superior tendió a debilitar el centro de la vida académica, de modo que la Sorbona, eje del sistema de facultades, acabó después de 1968 dividida en una multiplicidad de universidades autónomas, y lo que resultó más favorecido fue un conjunto de instituciones periféricas como el *Collège de France* o l'*École des Hautes Études en Sciences Sociales* (denominada así desde 1975), no tanto la ENS, que fue perdiendo peso como lugar de reproducción del profesorado universitario. El estructuralismo fue la expresión simbólica de esta situación institucional, de modo que la oposición entre centro y periferia se encarnaba, en los productos, a través del antagonismo entre predominio del poder temporal y reproducción del cuerpo, por un lado, y preeminencia del capital simbólico y de la innovación teórica, por el otro.

De este modo, la impresión de unidad de la generación del estructuralismo viene más de sus posiciones institucionales en el margen del mundo académico que de la existencia de un paradigma conceptual compartido.

El tercer capítulo se abre con una doble periodización del campo intelectual francés, a partir de la distinción entre modernidad y postmodernidad, ya se considere esta en un sentido sociológico, conectando la modernización con la autonomización de la esfera intelectual, o en un sentido estético, a partir de la distinción entre modernismo y postmodernismo. Acto seguido se retoma el relato acerca del triunfo y posterior declive de la generación estructuralista en el campo intelectual francés, reconstruyendo con detalle la transformación de las estructuras universitarias tras la guerra de Argelia, las fluctuaciones de la demografía escolar, la expansión de las ciencias humanas y su impacto en el mundo de la edición y de las revistas intelectuales, la implosión de la Sorbona y el auge de establecimientos académicos periféricos. Se sintetizan también los factores, internos a las tensiones derivadas del crecimiento de los estudios superiores, que condujeron a la revolución de mayo de

1968 y las consecuencias posteriores en la composición del cuerpo profesoral.

Posteriormente se introduce, a partir de la obra de Sirinelli, el concepto de “generación intelectual”. Entendemos que para evitar ciertos contrasentidos –por ejemplo situar sin más en la misma generación a estructuralistas como Lèvi-Strauss y a detractores como Ricoeur- habría sido conveniente utilizar la noción con un sentido algo más sofisticado, como en la distinción establecida por Mannheim –y retomada por Gérard Mauger, discípulo de Bourdieu- entre posición, complejo y unidad generacional. En cualquier caso, Angermüller diferencia varias cohortes de edad dentro de esa generación, señalando las principales circunstancias histórico-políticas que afectaron a las trayectorias más relevantes. Junto a las cohortes se mencionan otros pensadores próximos y se recompone una nebulosa de grupos –poderosos y de largo recorrido como la escuela de los *Annales* o minúsculos como *Socialisme ou Barbarie*- relacionados con la generación pero que no alcanzaron un papel tan decisivo en el campo intelectual. El declive de esta se hizo irreversible con la emergencia del “giro neoliberal” desde comienzos de los 80. Esa década trajo consigo un cambio generacional e institucional en el campo. Por una parte fueron desapareciendo físicamente las grandes estrellas de la constelación estructural, por otro, la estructura ternaria (academia/ arte/ medios de comunicación) del campo se convirtió en una forma dual, con una división entre expertos confinados en sus especialidades científicas e intelectuales mediáticos. La independencia que habían poseído los pensadores de la generación estructural respecto a los medios de difusión y a los recintos universitarios, se esfumó. Esto explica la eclosión de fenómenos como el de los “*nouveaux philosophes*” o la gestación de un grupo de filósofos políticos que encaraban los valores de la *sensatez demoliberal* frente a los excesos de la “*pensée soixante-huitard*”.

En el cuarto capítulo se compara el auge de la generación intelectual del estructuralismo en Francia, durante las décadas de 1960-70, con el éxito de la *French Theory* en los Estados Unidos durante las de 1980 y 90. Al importarse a Norteamérica, las producciones de esa generación se insertaron en un contexto intelectual completamente diferente y cambiaron de sentido, apareciendo el “posestructuralismo” como si se tratara de un programa teórico unificado. Las condiciones institucionales de gestación de esta “Teoría francesa” en Estados Unidos fueron casi antitéticas respecto a las de su florecimiento en Francia. En el país galo, la generación intelectual del estructuralismo surgió gracias a la expansión de la educación superior, de las instituciones académicas periféricas y del cultivo de las ciencias humanas dentro de un marco educativo tutelado por el Estado-nación. En USA, sin embargo, la *French Theory* se fabricó en un contexto marcado por el declive de las Humanidades, con el decrecimiento del presupuesto y del número de estudiantes y con el correspondiente descenso en el contingente profesoral. La recepción además, se produjo fundamentalmente en el eje académico y no en la periferia, esto es, en grandes Universidades de investigación como Yale o Berkeley. Tuvo lugar en un escenario “pos-

nacional”, con el tránsito a una educación universitaria regida por la competitividad de la producción investigadora, siguiendo el modelo del mercado libre autorregulado. Esta situación desestructuró las viejas jerarquías académicas y aumentó la tensión entre profesores jóvenes, a menudo procedentes de grupos subalternos, muy politizados y valedores de la “Teoría francesa”, y por otra parte profesores maduros y apegados al viejo canon. La *French Theory* fue principalmente acogida en los departamentos de inglés, esto es, en relación con las humanidades y la crítica literaria, no con unas *social sciences* dominadas por modelos más neopositivistas. Por último, el cultivo de estos textos franceses tuvo lugar en una atmósfera puramente universitaria, alejada, a diferencia de lo sucedido en Francia, del mundo mediático,

En el quinto capítulo se reafirma lo adecuado de la teoría bourdieuiana del campo intelectual para reconstruir las condiciones sociales de la generación estructural en Francia. Pero al mismo tiempo se señalan algunos límites y dificultades inherentes a ese modelo. Aparecen tres problemas: el de la duplicidad del productor intelectual que es un individuo mortal, fuente de acciones sociales y al mismo tiempo figura simbólica imperecedera, que circula por los contextos recibiendo valores dispares y operando como recurso intelectual; el problema del dualismo asimétrico entre campo de producción simbólica y espacio social, de modo que en virtud de la homología que vincula a ambos, las diferencias en los productos simbólicos representarían diferencias inscritas objetivamente en el universo social y finalmente, el problema del carácter clausurado y preestablecido del espacio social. Bourdieu opera como si lo social fuera un ámbito constituido sobre el que se asentarían las

luchas del campo simbólico, pero sin que estas fueran capaces de destejer y reconfigurar la urdidumbre social dando lugar a formas nuevas e inéditas. Angermuller considera que en la Teoría francesa hay instrumentos para resolver estas dificultades trascendiendo la teoría social clásica y abriendo paso a una formulación posclásica de lo social. Señala cuatro direcciones en el horizonte: el paso del actor unificado al sujeto dividido; de la acción estratégica a la praxis discursiva; el tránsito de la sociedad como territorio contenido a lo social como terreno abierto, y finalmente el paso del conocimiento previsor a la crítica.

El libro termina con un Epílogo de Mario Domínguez donde este subraya el desplazamiento, conforme se avanza en el libro, de una tendencia a desautorizar la categoría de “postestructuralismo” viéndola como forzada unificación exógena, a una posición más proclive a relativizarla considerándola como una entre otras posibles caracterizaciones del mismo *corpus*. Muestra también cómo para Angermuller, el recurso a la Teoría francesa permite resolver algunas de las dificultades no superadas por la teoría de los campos de Bourdieu. De este modo, lo que al principio parecía un competente estudio en el ámbito de la sociología intelectual, superando el “inter-nalismo” parcial de François Dosse (*Histoire du structuralisme*) y la percepción sesgada de Louis Pinto (*La théorie souveraine*), se convierte en un pronóstico de los nuevos senderos de la teoría social. La *French Theory*, objeto de investigación en la mayor parte del libro, acaba convirtiéndose en una renovadora “boite à outils”.

Francisco Vázquez García
francisco.vazquez@uca.es